

## Necrológica del profesor Javier de Hoz Bravo

En enero de 2019, antes de tiempo, nos dejó Javier de Hoz, tras una larga y valerosa lucha contra una devastadora enfermedad que, sin embargo, no consiguió hasta el final apagar la energía y la vitalidad que lo definían.

No cabe la menor duda de que con él se va una de las personalidades más importantes del panorama de las Humanidades en la Universidad española y una de las figuras más brillantes de los últimos tiempos en el campo de la Filología Clásica en nuestro país: un extraordinario estudioso, que fue además uno de los catedráticos más jóvenes de la historia de España -pues lo era desde los 26 años- y un pionero en los estudios de paleohispanística, terreno en el que sus aportaciones destacaron especialmente, pero que coexistía entre sus intereses con otros ámbitos más tradicionales, como la lingüística griega y los estudios de literatura, sobre todo referidos a la tragedia, en los que también realizó aportaciones de gran relevancia e interés.

Nos falta, desde luego, el científico, pero echamos de menos más que nada al maestro y al ser humano excepcional que fue.

Yo tuve la suerte de conocerlo, primero, como profesor en mis estudios de Licenciatura en Madrid y, más tarde, como maestro en investigación y director de mi Tesis Doctoral. Siempre tratando rigurosamente de usted a todos sus alumnos y doctorandos, e incluso a algunos de sus compañeros profesores, este modo suyo no solo no imponía la distancia que *a priori* podría parecer, sino que, curiosamente, en él se transformaba en una elegante forma de familiaridad, que se combinaba con una profunda empatía hacia quienes tenía a su lado.

La Complutense fue la tercera de las grandes instituciones en las que desarrolló su carrera como profesor catedrático (desde 1989 hasta su jubilación, en 2010, y como emérito a partir de entonces), después de un breve paso por la Universidad de Sevilla (1967-1969) y una etapa más larga en Salamanca (1969-1989): a finales de los años 90, como alumna, recuerdo sus clases de Lenguas Paleohispánicas, de Literatura Griega y de Historia de la Lengua Griega. En ellas, de su mano, fuimos descubriendo los misterios de los primeros pobladores de la Península, sus escrituras y lo que sus epígrafes contaban de ellos. Más tarde recorrimos junto a él el camino de la literatura griega, desde Homero hasta la tardoantigüedad, con una etapa especial dedicada a sus Esquilo, Sófocles y Eurípides, a quienes había dedicado tantos estudios. Un año después, los secretos de la historia más antigua del griego: desde sus raíces indoeuropeas y sus contactos con el entorno balcánico hasta la expansión del Imperio de Alejandro, transcurrieron ante los ojos de un grupo de estudiantes que vivían cada clase como un viaje mucho más allá de lo que espera descubrir un alumno de quinto curso.

No fue hasta años más tarde cuando caí en la cuenta de hasta qué punto su tarea como investigador puntero impregnaba su labor docente, y es que sus clases no eran

nunca el producto de la preparación *ad hoc* de unos contenidos básicos, sino el compartir con generosidad los pormenores de una discusión viva y en curso.

Desde mi experiencia como doctoranda, no puedo hablar de su magisterio más que con admiración y nostalgia. Su guía jamás supuso una imposición de sus criterios o puntos de vista, sino que siempre logró ese difícil equilibrio entre la formación del investigador inexperto y el respeto a su libertad, incluso cuando no estaba de acuerdo en todos los detalles. El rigor y la exigencia máxima coexistían con el apoyo y el optimismo paciente.

El mismo liderazgo elegante y respetuoso fue el que ejerció como impulsor y director del Banco de Datos Paleohispánicos *Hesperia*, el amplio proyecto de investigación que coordinó durante una década, un trabajo que prefiguraba y anticipaba las llamadas “humanidades digitales”, hoy tan presentes pero tan raras entonces, y un esfuerzo colaborativo cuyo alcance en aquel tiempo yo, becaria predoctoral, solo podía intuir y ahora compruebo con admiración y orgullo.

El producto de su trabajo intelectual son sus aproximadamente doscientas publicaciones, siempre iluminadoras y valiosas. Entre ellas merecen un lugar destacado los dos volúmenes de su *Historia Lingüística de la Península Ibérica en la Antigüedad*, obra monumental que es resultado de toda una vida de estudio y que, lamentablemente, dejó inconclusa. Su inteligencia, pasión y dedicación cristalizan en este legado, que nos acompañará siempre y que nos hará sentirnos un poco menos solos en el plano intelectual. En el plano humano, sin embargo, nada llenará el vacío que deja su enorme pérdida.

Irene Pajón Leyra  
Universidad de Sevilla  
ipajon@us.es